

Los libertadores en las *Tradiciones en salsa verde*(*)

Wilfredo Kapsoli Escudero
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
wckapsoli@hotmail.com
Lima-Perú

Resumen

Tradiciones en salsa verde lo escribió Ricardo Palma cuando tenía 71 años. Lo hizo para que circularan entre sus amigos más cercanos y, por tanto, no se editaran para el público en general. El texto originalmente fue elaborado en manuscrito, cuyos originales se destruyeron en el incendio de la Biblioteca Nacional en 1945. Hemos rescatado fragmentos de dichos documentos como evidencia de su existencia original. De los 24 textos que integran *Tradiciones en salsa verde* hemos elegido cinco referidas a los libertadores, entre otros, a Simón Bolívar, Antonio José de Sucre y Jacinto Lara. Hemos hecho esta selección, en razón de que en esos textos se da cuenta de las anécdotas y ocurrencias de dichos personajes que también han sido considerados, protagonistas de la producción mayor de Palma en sus *Tradiciones peruanas*. El conjunto de estos materiales referidos a la Independencia del Perú lo hemos presentado, en otra ocasión, como *Historias sonrientes* que en este caso motivan mayor hilaridad al lector que disfruta de dichas creaciones literarias.

Palabras claves: Ricardo Palma, Simón Bolívar, Antonio José de Sucre, Jacinto Lara, *Tradiciones peruanas*, *Tradiciones en salsa verde*.

Abstract.

Tradiciones en salsa verde was written by Ricardo Palma when he was 71 years old. He did it so that it would pass among his closest friends and, therefore, would not be published for the general public. The text was originally written in manuscript, the originals of which were destroyed in the fire at the National Library in 1945. We have rescued fragments of these documents as evidence of their original existence. Of the 24 texts that compose *Tradiciones en salsa verde*, we have chosen five referring to the liberators, among others, Simón Bolívar, Antonio José de Sucre, and Jacinto Lara. We have made this selection because these texts contain anecdotes and witticisms of these characters, who have also been considered and are the protagonists of Palma's major production in his *Tradiciones peruanas* (Peruvian

Traditions). The set of these materials referring to the Independence of Peru we have presented, on another occasion, as Historias sonrientes that in this case motivate greater hilarity to the reader who enjoys such literary creations.

Keywords: *Ricardo Palma, Simón Bolívar, Antonio José de Sucre, Jacinto Lara, Peruvian Traditions, Tradiciones en salsa verde.*

Wilfredo Kapsoli Escudero

Doctor en Letras (Historia) por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Posee estudios de posgrado en la Escuela Práctica de Altos Estudios de París. Ha sido becado por la Comunidad Científica Japonesa a la Universidad Nanzan de Nagoya. Es Miembro de Número del Instituto Ricardo Palma

Pedro Casusol (2022) ha publicado un reciente artículo sobre las *Tradiciones en salsa verde*^{1(*)} por su valor literario lo reproducimos como una contribución al tema que hemos elegido. Él comenta:

“Si hay un escritor que definió nuestra identidad como país, ese debe haber sido Ricardo Palma. Para bien o para mal, sus “*Tradiciones peruanas*” constituyen una reflexión sobre nuestro pasado colonial y una reinterpretación, sobre la base de la anécdota, el chisme y la tradición oral, del patriotismo romántico y la construcción de nuestra república. Hay que agregar, además, que a Ricardo Palma se le considera el fundador de ese género, la tradición, una suerte de punto medio entre el relato y la crónica donde supo recoger frases populares, locuciones y giros lingüísticos del habla cotidiana. El resultado tendría un impacto innegable en el imaginario de nuestro proyecto de Nación.

Proveniente de una familia humilde, antes de conocer el éxito literario fue marino, senador, periodista de oposición, conspirador político y desterrado. Solo el asesinato del presidente Balta, en 1872, lo lleva a dejar la política y a dedicarse a la creación literaria en una residencia en el tranquilo balneario de Miraflores. En ese mismo año aparece el primer volumen de sus “*Tradiciones*”, eran ficciones breves a partir de hechos históricos o anécdotas, desde la época de los incas, la colonia o la naciente República: “*Don Dimas de la Tijereta*”, “*La Casa de Pilatos*” o “*Palla-Huarcuna*”, todas ambientadas en un pasado reciente o lejano.

Pasaron apenas dos años hasta que lanzó un nuevo conjunto de sus “*Tradiciones*”. Y para 1893, cuando empiezan a publicarse en España como *Tradiciones peruanas*, ya se habían

1 Tomado de: *Hildebrandt en sus trece*, año 13 N°596, viernes 22 de julio 2022, p. 21

editado varias colecciones en el Perú, algunas con títulos como “Ropa vieja” y “Ropa apolillada”. Luego aparecieron “Cachivaches”, “Mis últimas tradiciones peruanas y cachivacherías”, “Apéndice a mis últimas tradiciones peruanas” y “El Palma de la juventud”, un recuento de tradiciones hasta entonces no recogidas en sus libros.

Como director de la Biblioteca Nacional del Perú, Ricardo Palma fue conocido también en la esfera pública como “El bibliotecario mendigo”, por su ardua labor reconstruyendo el archivo tras la ocupación chilena en Lima, utilizando su prestigio y sus contactos para reabastecer la biblioteca que había sido expoliada.

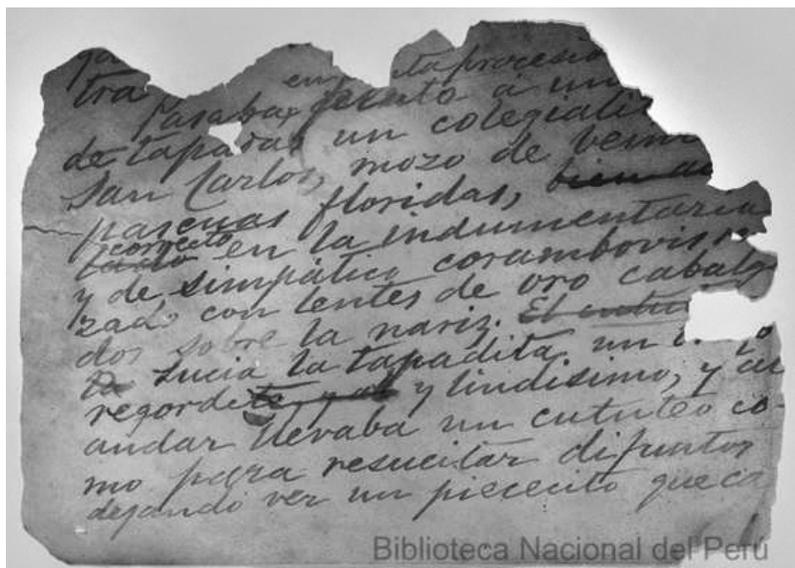
Las “Tradiciones en salsa verde”, sin embargo, no figuran en sus libros ni Palma nunca las firmó o las dio a conocer. Tenía 71 años cuando las escribió, ya era un autor famoso y su obra se leía con interés. La razón por la que permanecieron inéditas no fue más que la mojigatería y autocensura. Salieron a la luz cuando Francisco Carrillo y Carlos Garayar las rescataron, en 1973, para las Ediciones de la Biblioteca Universitaria. Hasta ese año solo circularon de manera secreta, en copias mecanografiadas, ediciones no autorizadas y repletas de errores e interpolaciones. Las malas palabras o las “palabras crudas”, como las llamó el tradicionalista, tanto en forma como fondo, fueron ese valor agregado que metaforizó como su “salsa verde”. El mismo autor reconoce, en la tradición que abre el volumen, que escribe para “lectores del siglo XX”. Así que podemos leer sin sonrojarnos títulos como “La pinga del libertador”, “El carajo de Sucre”, “La cosa de la mujer”, “¡Tajo o tejo!”, “La moza del gobierno” o “Un calembourg”.

Según la presentación firmada por Carrillo y Garayar, los originales de las “Tradiciones en salsa verde” estaban en

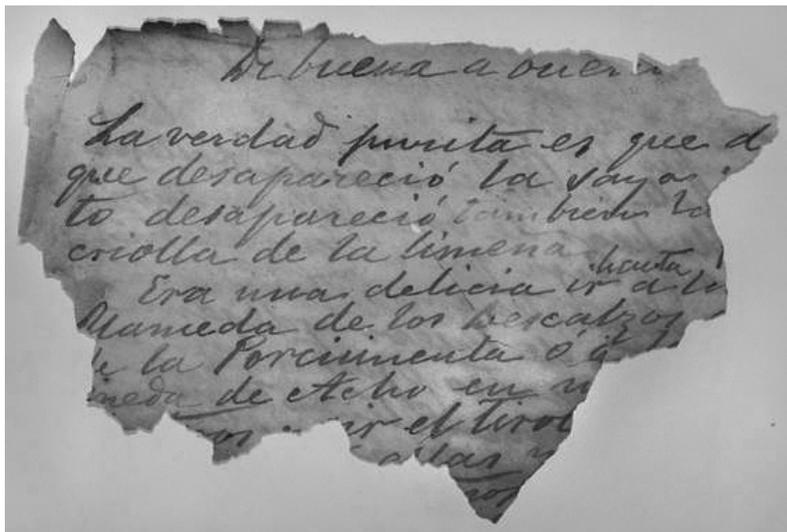
poder de la señora Elsa Letts de Cohen, aunque Palma regaló una copia mecanografiada a su amigo Carlos Basadre. Esa copia terminó en los Estados Unidos, en la Universidad de Duke, y gracias a la solicitud de Jorge Basadre, historiador e hijo de Carlos, la institución académica remitió al Perú un microfilm para el disfrute de los estudiosos y la buena suerte de editores sin escrúpulos. “Hemos visto una pequeña edición de Huaraz o Huancayo, sin fecha; hemos oído de una edición argentina con abundantes interpolaciones, y hemos visto diferentes versiones mimeografiadas con numerosos errores y burdos agregados para complacer a los que gustan del chiste barato”, sostienen Carrillo y Garayar. Estas dieciocho tradiciones recuperadas tienen el mérito de mostrar a un Palma más íntimo, por la sencilla razón de que fueron los relatos que solo compartió con amigos cercanos, y contienen esa fresca, oralidad y picardía que fue la marca registrada de su autor.

(Casusol, p.21).

Gracias a *Gerardo Trillo*, funcionario de la Biblioteca Nacional del Perú, hemos accedido a los originales de *Tradiciones en salsa verde* escritos con puño y letra por su autor Ricardo Palma. Lamentablemente dicha fuente está totalmente deteriorada y solo quedan fragmentos que fueron rescatados del incendio producido en la Biblioteca Nacional que ponemos como ilustración de nuestro ensayo:



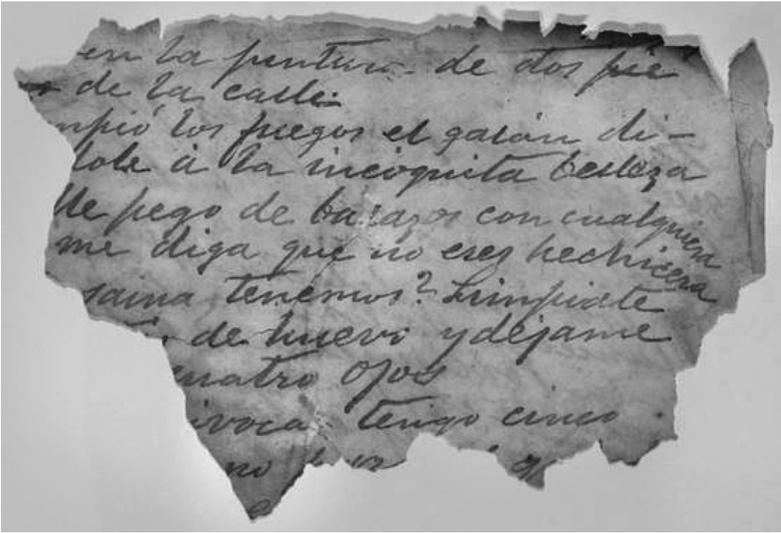
tra ***** em***ta procesión
 parabax firma a un
 de tapadas un colegiali
 San Carlos, mozo de veinc***
 pasenas floridas, bien ae
 correcto en la indumentaria
 y de simpático coranvobis re-
 zado con lentes de oro cabalga
 dos sobre la nariz. El cont
 Lucia la tapadita un *****
 regordete y lindísimo, y al
 andar llevaba un cututer co-
 mo para resucitar difuntos
 dejando ver un piecenco que ca



De buena a bueno

La verdad purita es que, desde que desapareció la tapada, de sayo y manto, desapareció también la sal criolla de la mujer limeña. Era delicioso ir, hasta 1856, a la alameda de los Descalzos el día de la porciúncula y en el de San Juan, a la alameda de Acho, en una tarde de toros, y escuchar el tiroteo de agudezas en ellas y ellos, que los limeños no se quedaban rezagados en la chispa de las respuestas; comprueballo este cuentecito:

Iba en la muy concurrida procesión de Santa Rosa, persiguiendo a gentil tapada, un colegialito de San Carlos, mozo de veinte pascuas floridas, correcto en la indumentaria y de simpático coranvobis, realzado con lentes de oro, cabalgados sobre la nariz.



Lucía la tapada un brazo regordete y con hoyuelos, y al andar tenía un cucuteo como para resucitar difuntos, dejando ver un piecesito que cabría holgado en la juntura de dos losas de la calle.

Rompió los fuegos el galán, diciéndole a la incógnita belleza:

Me pego de balazos, con cualquiera,

que me diga que no eres hechicera.

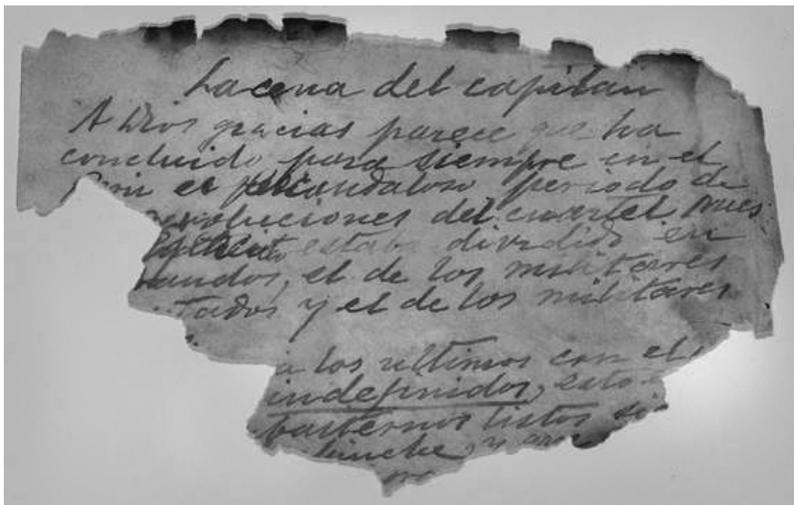
— ¿Versaina tenemos? ¡Límpiate que estás de huevo y déjame en paz, cuatro ojos!

— Te equivocas, tengo cinco,

un taco para el quinto.

¿Y a ti en el sexto,

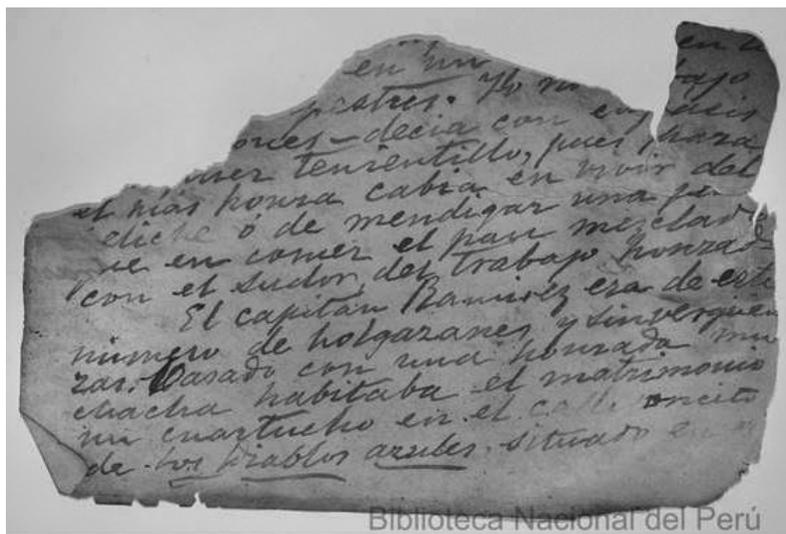
cuántos te han puesto?



La cena del capitán

A Dios gracias, parece que ha concluido en el Perú, el escandaloso período de las revoluciones de cuartel; nuestro ejército vivía dividido en dos bandos, el de los militares levantados y de los militares caídos.

Conocíase a los últimos con el nombre de indefinidos hambrientos; eran gente siempre lista para el bochinche y que pasaban el tiempo esperando la hora... la hora en que a cualquier general, le viniera en antojo encabezar revuelta.



Los indefinidos vivían de la mermaísimas paga, con que, de tarde en tarde, los atendía el fisco, y sobre todo, vivían de petardo; ninguno se avenía a trabajar en oficio o en labores campestres. Yo no rebajo mis galones, decía, con énfasis, cualquier teniente zaragatillo; para él más honra cabía en vivir del peliche o en mendigar una peseta, que en comer el pan humedecido por el sudor del trabajo honrado.

El capitán Ramírez era de ese número de holgazanes y sinvergüenzas; casado con una virtuosa y sufrida muchacha, habitaba el matrimonio un miserable cuartucho, en el callejoncito de Los Diablos Azules, situado en la calle ancha de Malambo. A las ocho de la mañana salía el marido a la rebusca y regresaba a las nueve o diez de la noche, con una y, en ocasiones felices, con dos pesetas, fruto de sablazos a prójimos compasivos.

Aun cuando no eran frecuentes los días nefastos, cuando a las diez de la noche, venía Ramírez al domicilio sin un centavo, le decía tranquilamente a su mujer: Paciencia, hijita, que Dios consiente, pero no para siempre, y ya mejorarán las cosas cuando gobiernen los míos; acuéstate y por toda cena, cenaremos un polvito... y un vaso de agua fresca.

En una fría noche de invierno, la pobre joven, hambrienta y tiritando, se sentó sobre un taburete junto al brasero, alimentando el fuego con virutas recogidas en la puerta de un vecino carpintero; llegó el capitán, revelando en lo carilargo, que traía el bolsillo limpio y que, por consiguiente, esa noche iba a ser de ayuno para el estómago.

— ¿Qué haces ahí, Mariquita, tan pegada al brasero? -preguntó, con acento cariñoso, el marido.

— Ya lo ves, hijo -contestó en el mismo tono la mujercita-; estoy calentándote la cena.

Nuestro maestro Estuardo Núñez publicó en 1974 un libro dedicado a Bolívar, Ayacucho y los Tradicionistas Peruanos. en cuyo prólogo comenta la figura de Simón Bolívar como asunto literario:

No hay duda que el paso del Libertador, en su extensa gira por el norte del país, en la fase preparatoria de la campaña que culmina en la batalla definitiva de Ayacucho, y por el sur del territorio peruano en un recorrido triunfal una vez producida aquella, hubo de crear una aureola de admiración y de fervor cívico. La brillante personalidad de Bolívar imponía en todos los ambientes un sello de afirmación y personalidad. El impacto de su acción victoriosa provocó por doquiera la gratitud de los pueblos y la fe en su genio guerrero, la confianza en sus designios. Tenemos de todo ello innumerables documentos que nos proporciona la historia y la literatura producidas durante su periplo peruano, pero más hondamente cala en esa coyuntura el testimonio espiritual que brinda la literatura alusiva a su personalidad. Las expresiones literarias en torno de Bolívar se encuentran tanto en el nivel de la literatura de creación como en el de la literatura de reflexión. En la primera está contenido el testimonio de los poetas y de los narradores. En la segunda se encuentra el aporte de historiadores, comentaristas,

memorialistas y ensayistas, que emiten juicios de apreciación crítica, que elaboran teorías o hipótesis de trabajo acerca de obra y acción, que meditan acerca del personaje y su contorno y sobre las proyecciones políticas, culturales y sociales de su figura.

Nos limitaremos en esta ocasión a ocuparnos de los primeros, es decir a tratar sobre el testimonio literario y creador, el de los poetas y narradores para quienes Bolívar fue asunto o motivación. Esos textos son así no solo el producto de la creación de los autores sino el legado popular que los escritores captaron, asimilaron, salpimentaron con gracia e ingenio y elaboraron con sus dotes de artífices de la lengua.

La poesía fue en el Perú singularmente generosa con Bolívar. Inició el ciclo poético bolivariano José Joaquín de Olmedo con su Canto a Bolívar y lo complementan el poema El Vaticinio de José Pérez de Vargas y los versos de la Epístola a Próspero de José María de Pando. La sonoridad y elegancia de Olmedo conjuga con el alegórico vuelo y la exaltación del paisaje americano de Pérez de Vargas y con la ponderada reflexión y la ajustada riqueza formal de Pando. Estas expresiones comunican un tono general de homenaje nunca antes dispensado a la figura egregia y al genio de la paz y de la guerra. Pocas veces se ha dado en América con tanto vigor y atractivo como en este ciclo, una suma mayor de alturado elogio y de bellas imágenes alusivas a la acción doblemente significativa de quien reunió en su persona las dotes extraordinarias del estadista insigne, del guerrero victorioso y del hombre de pensamiento.

El segundo ciclo poético bolivariano vendría a enterarse con las expresiones varias de una poesía lírica de loa a Bolívar que florece a mediados del siglo XIX, a cargo de los principales poetas peruanos del movimiento romántico. A él pertenecen

los poemas de Carlos Augusto Salaverry, Manuel Adolfo García, José Toribio Mansilla, Clemente Althaus, Federico Flores Galindo y algunos más. Constituyen expresiones líricas de muy discutible valor por su ausencia de rasgos originales, sin mayor impacto colectivo pese a su fervor sentimental. En su mayor parte son estas muestras poesía de ocasión, de circunstancia conmemorativa.

Un tercer ciclo poético bolivariano intenta revivir la nota épica, en los primeros decenios del siglo XX. El empeño mayor se debe a una consagrada figura del Modernismo: José Santos Chocano. Su poema *Ayacucho y los Andes* (1924) es una epopeya trunca, sin vigor de inspiración ni originalidad de concepción. Transitando por mismos caminos poéticos de Olmedo, Chocano no logra sino una rapsodia mediocre. Fue vano el empeño suyo de dar vida a un género caduco. El calco del modelo olmediano era ostensible en el intento ambicioso de escribir una nueva epopeya de la gesta de Bolívar. Quiso Chocano olvidar además que la épica de nuestro tiempo no es la epopeya sino la novela, y algunas otras formas narrativas. No habla tal vez otra alternativa que la Novela Histórica, que aún no tiene en el Perú con respecto a Bolívar sino frutos medianamente logrados como el de Pedro Dávalos Lisson, o la “Tradicción” que ya se había perfilado con notorio buen éxito en la segunda mitad del siglo anterior.

Cuatro décadas después del triunfo de Ayacucho, se habla iniciado en el Perú el ciclo bolivariano de los narradores, que abarca en su proyección hasta muy entrado el presente siglo. A los vibrantes acordes de la épica de 1825, a las sugestivas y limitadas expansiones de la lírica romántica de mediados del XIX, hubo de seguir una manera distinta de aproximación al ser humano del Libertador. Los narradores, un tanto al margen de la hazaña guerrera en sí, del hecho histórico

trascendental, se detienen en el episodio con significación humana, en la anécdota reveladora de la grandeza espiritual del hombre Bolívar, y de la sorprendente vitalidad de su persona, de su carácter irradiante de fe y de firmeza, de sus convicciones íntimas, de su ingenio múltiple, de sus profundos anhelos de justicia y libertad.

Los narradores se apartan del modelo homérico o virgiliano, se despojan de la hojarasca retórica y del delirio imaginístico de los poetas, para rastrear en las huellas del que ha recorrido los caminos de todo el Perú. Hallarán la semilla de humor, de ingenio, de experiencia cotidiana, de compenetración con el pueblo, de trato humano y de efusión del momento vivido. Por eso van espigando a lo largo de esas rutas que se iluminaron de esperanza con el impulso arrollador del caudillo de la libertad, el producto de esa siembra. Los hombres de las ciudades y de los más distantes pueblos del Perú habían acumulado, al contacto de la figura egregia del Libertador, sus vivencias palpitantes, e idealizándolo, habían construido su propia imagen, su propio mito del personaje y de su acción. El resultado era un anecdotario ingente, fabulosos relatos, episodios que si no eran estrictamente verdaderos merecían sedo. Acerca de Bolívar se descubre una literatura oral, elaborada por el pueblo y transmitida de padres a hijos, que nuestros narradores del siglo pasado encontraron todavía viva. En esa fuente popular o en escuetos e ignorados documentos de la época, bebieron los “tradicionalistas” que como Ricardo Palma y el caraqueño Juan Vicente Camacho avecindado en el Perú, la pusieron en evidencia. Descubrieron ellos ese rico filón de imaginación popular en torno de Bolívar. Fue Ricardo Palma quien señaló la pauta y la meta en ese empeño de extraer del pueblo su aporte de creación. De tal suerte, el escritor se adentraba, asombrado y perplejo en la entraña del pueblo y descubría que el tema bolivariano

era uno de los más ricos y plenos de sugestión. Nacían así esos relatos cortos de fácil acceso, reveladores de las íntimas facetas del alma que a veces dicen más que las complejas elucubraciones de los eruditos O de los críticos. Y por lo mismo que esas expresiones literarias reconocían su origen en la imaginación popular, el círculo de lectores de aquellos narradores de “tradiciones” se amplió extraordinariamente y constituyó ese género una expresión literaria que llegaba verdaderamente al pueblo. (Núñez, 1974, pp. 7 – 12).

Tradiciones escogidas

Por considerarlo de interés recogemos y citamos los siguientes textos escogidos y seleccionados de las *Tradiciones en salsa verde* de Ricardo Palma:

1. La pinga del Libertador

Tan dado era Don Simón Bolívar a singularizarse, que hasta su interjección de cuartel era distinta de la que empleaban los demás militares de su época. Donde un español o un americano habrían dicho: ¡Vaya usted al carajo!, Bolívar decía: ¡Vaya usted a la pinga!

Histórico es que cuando en la batalla de Junín, ganada al principio por la caballería realista que puso en fuga a la colombiana, se cambió la tortilla, gracias a la oportuna carga de un regimiento peruano, varios jinetes pasaron cerca del General y, acaso por halagar su colombianismo, gritaron: ¡Vivan los lanceros de Colombia! Bolívar, que había presenciado las peripecias todas del combate, contestó, dominado por justiciero impulso: ¡La pinga! ¡Vivan los lanceros del Perú!

Desde entonces fue popular interjección esta frase: *¡La pinga del Libertador!*

Este párrafo lo escribo para lectores del siglo XX, pues tengo por seguro que la obscena interjección morirá junto con el último nieto de los soldados de la Independencia, como desaparecerá también la proclama que el general Lara dirigió a su división al romperse los fuegos en el campo de Ayacucho: “*¡Zambos del carajo! Al frente están esos puñeteros españoles. El que aquí manda la batalla es Antonio José de Sucre, que, como saben ustedes, no es ningún pendejo de junto al culo, con que así, fruncir los cojones y a ellos*”.

En cierto pueblo del norte existía, allá por los años de 1850, una acaudalada jamona ya con derecho al goce de cesantía en los altares de Venus, la cual jamona era el non plus ultra de la avaricia; llamábase Doña Gila y era, en su conversación, hembra más cócora o fastidiosa que una cama colonizada por chinches. Uno de sus vecinos, Don Casimiro Piñateli, joven agricultor, que poseía un pequeño fundo rústico colindante con terrenos de los que era propietaria Doña Gila, propuso a ésta comprárselos si los valorizaba en precio módico.

-Esas cinco hectáreas de campo -dijo la jamona-, no puedo vendérselas en menos de dos mil pesos.

-Señora -contestó el proponente-, me asusta usted con esa suma, pues a duras penas puedo disponer de quinientos pesos para comprarlas.

-Que por eso no se quede -replicó con amabilidad Doña Gila-, pues siendo usted, como me consta, un hombre de bien, me pagará el resto en especies, cuando y como pueda, que plata es lo que plata vale. ¿No tiene usted quesos que

parecen mantequilla?

-Sí, señora.

-Pues recibo. ¿No tiene usted vacas lecheras?

-Sí, señora.

¿No tiene usted chanchos de ceba?

-Sí, señora.

-Pues recibo. ¿No tiene usted siquiera un par de buenos caballos?

Aquí le faltó la paciencia a don Camilo que, como eximio jinete, vivía muy encariñado con sus bucéfalos y mirando con sorna a la vieja, le dijo:

-¿Y no quisiera usted, doña Gila, la pinga del Libertador?

Y la jamona, que como mujer no era ya colchonable (hace falta en el Diccionario la palabrita), considerando que tal vez se trataba de una alhaja u objeto codiciable, contestó sin inmutarse:

-Pagándomelas a buen precio, también recibo la pinga.

(Palma, 1973, pp. 22 – 23).

2. El carajo de Sucre

El mariscal Antonio José de Sucre fue un hombre muy culto y muy decoroso en palabras. Contrastaba en esto con Bolívar. Jamás se oyó de su boca un vocablo obsceno, ni una interjección de cuartel, cosa tan común entre militares. Aun cuando (lo que fue raro en él) se encolerizaba por gravísima causa, limitábase a morderse los labios; puede decirse que tenía lo que llaman la cólera blanca.

Tal vez fundaba su orgullo en que nadie pudiera decir que lo había visto proferir una palabra soez, pecadillo de que muchos santos, con toda su santidad, no se libraron.

El mismo Santo Domingo cuando, crucifijo en mano, encabezó la matanza de los albigenses, echaba cada “*Sacre nom de Dieu*” y cada taco, que hacía temblar al mundo y sus alrededores.

Quizás tienen ustedes noticia del obispo, señor Cuero, arzobispo de Bogotá y que murió en olor de santidad; pues su Ilustrísima, cuando el Evangelio de la misa era muy largo, pasaba por alto algunos versículos, diciendo: Estas son pendejadas del Evangelista y por eso no las leo.

¡Sólo el mariscal Miller fue, entre los pro-hombres de la patria vieja, el único que jamás empleó en sus rabietas el cuartelero! carajo!

¡El juraba en inglés y por eso un “*God dam!*” de Miller, (Dios me condene), a nadie impresionaba. Cuentan del bravo británico que, al escapar de Arequipa perseguido por un piquete de caballería española, pasó frente a un balcón en el que estaban tres damas godas de primera agua, que gritaron al fugitivo:

— ¡Abur, gringo pícaro!

Miller detuvo al caballo y contestó:

— Lo de gringo es cierto y lo de pícaro no está probado, pero lo que es una verdad más grande que la Biblia es que ustedes son feas, viejas y putas. ¡*God dam!*

Volviendo a Sucre, de quien la digresión milleresca nos ha alejado un tantico, hay que traer a cuento el aforismo que dice: “Nadie diga de esta agua no beberé”.

El día de la horrenda, de la abominable tragedia de Berruecos², al oírse la detonación del arma de fuego, exclamó Sucre, cayendo del caballo:

— ¡Carajo!, un balazo...

Y no pronunció más palabra.

Desde entonces, quedó como refrán el decir a una persona, cuando jura y rejure que en su vida no cometerá tal o cual acción, buena o mala:

— ¡Hombre, quién sabe si no nos saldrá usted un día con el Carajo de Sucre!

(Palma, 1973, pp. 24 – 25).

3. Un desmemoriado

Cuando en 1825 fue Bolívar a Bolivia, mandaba la guarnición de Potosí el coronel don Nicolás Medina, que era un llanero de la pampa venezolana, de gigantesca estatura y tan valiente como el Cid Campeador, pero en punto a ilustración era un semi salvaje, un bestia, al que había que amarrar para afeitarlo.

Deber oficial era para nuestro coronel, dirigir algunas palabras de bienvenida al Libertador, y un tinterillo de Potosí se encargó de sacar de atrenzos a la autoridad escribiéndole la siguiente arenga: “Excelentísimo Señor: hoy, al dar a V.E. la bienvenida, pido a la divina Providencia que lo colme de favores para prosperidad de la Independencia Americana. He dicho”.

2 Berruecos: des poblado en Colombia, en donde fue traidoramente asesinado el general Sucre, haciéndose fuego desde unos matorrales acultos.

Todavía estaba en su apogeo, sobre todo en el Alto Perú, el anagrama: “Omnis libravo”, formado con las letras de Simón Bolívar. Pronto llegarían los tiempos en que sería más popular este pasquín:

Si a Bolívar la letra con que empieza
Y aquella con que acaba le quitamos,
De la Paz con la Oliva nos quedamos.
Eso quiere decir, que de esa pieza,
La cabeza y los pies cortar debemos
Si una Paz perdurable apetece.

Una semana pasó Medina fatigando con el estudio de la arenga la memoria que, como se verá, era en él bastante flaca.

En el pueblecito de Yocoya, a poco más de una legua de Potosí, hizo Medina que la tropa que lo acompañaba presentase las armas y, deteniendo su caballo, delante del Libertador, dijo después de saludar militarmente:

— Excelentísimo Señor... (gran pausa), Excelentísimo Señor Libertador... (más larga pausa).. —y dándose una palmada en la frente, exclamó: ¡Carajo!... Yo no sirvo para estas palanganadas, sino para meter lanza y sablear gente. Esta mañana me sabía la arenga como agua, y ahora no me acuerdo ni de una puñetera palabrita. Me cago en el muy cojudo que me la escribió.

— Déjelo, coronel —le contestó Bolívar sonriendo—, yo sé, desde Carabobo y Boyacá, que usted no es más que un hombre de hechos, y de hechos gloriosos.

— Pero eso no impide, general, que yo reniegue de esta memoria tan jodida que Dios me ha dado.

(Palma, 1973, pp. 26 – 27).

4. La consigna de Lara

El general Jacinto Lara era uno de los más guapos llaneros de Venezuela y el hombre más burdo y desvergonzado que Dios echara sobre la tierra; lo acredita la famosa proclama que dirigió a su división al romperse los fueros en Ayacucho.

El Libertador tuvo siempre predilección por Lara, y lo hacían reír sus groserías y pachotadas; decía, Don Simón, que como sus colombianos no eran ángeles, había que tolerar el que fuesen desvergonzados y sucios en el lenguaje.

Verdad también que Bolívar, en ocasiones, se acordaba de que era colombiano y escupía palabrotas, sobre todo cuando estaba de sobremesa con media docena de sus íntimos; cuentan, y algo de ello refiere Pruvonena, que habiéndole preguntado uno de los comesales, si aún continuaba en relaciones con cierta aristocrática dama, contestó don Simón:

— Hombre, ya me he desembarcado, porque la tal es una fragata que empieza a hacer agua por todas las costuras.

Un domingo, en momentos que Bolívar iba a montar en el coche, llegó Lara a Palacio y el Libertador le dijo:

— Acompáñame, Jacinto, a hacer algunas visitas, pero te encargo que estés en ellas más callado que un cartujo, porque tú no abres la boca sino para soltar alguna barbaridad; con que ya sabes, tu consigna es el silencio; tú necesitas aprender oratoria en escuela de sordomudos.

— Descuida, hombre, que sólo quebrantaré la consigna en caso de que tú me obligues. Te ofrezco ser más mudo que campana sin badajo.

Después de hacer tres o cuatro visitas ceremoniosas, en las que Lara se mantuvo correctamente fiel a la consigna, llegaron a una casa, en la que fueron recibidos, en el salón, por una limeñita, de esas de ojos tan flechadores que, de medio a medio, le atraviesan a un prójimo la anatomía.

— Excuse usted, señor general, a mi hermana, que se priva de la satisfacción de recibirlo, porque está en cama desde anoche en que dio a luz dos niños con toda felicidad.

— Lo celebro -contestó el Libertador-, bravo por las peruanitas que no son mezquinas en dar hijos a la patria. ¿Qué te parece, Lara?

El llanero, por toda respuesta, gruñó:

— Hum... Hum!

Bolívar no se dio por satisfecho con el gruñido, e insistió:

— Contesta, hombre... ¿en qué estás pensando?

— Pues con su venia, mi general, y con la de esta señorita, estaba pensando... en cómo habrá quedado el coño de ancho, después de tal parto.

— ¡Bárbaro! -exclamó Bolívar, saliendo del salón más que de prisa.

— La culpa es tuya y no mía. ¿Por qué me mandaste romper la consigna? Yo no sé mentir y largué lo que pensaba.

Desde entonces el Libertador quedó escarmentado para no hacer visitas acompañado de don Jacinto.

(Palma, 1973, pp. 28 – 29).

5. La cena del capitán

A Dios gracias, parece que ha concluido en el Perú, el escandaloso período de las revoluciones de cuartel; nuestro ejército vivía dividido en dos bandos, el de los militares levantados y de los militares caídos.

Conocíase a los últimos con el nombre de indefinidos hambrientos; eran gente siempre lista para el bochinche y que pasaban el tiempo esperando la hora... la hora en que a cualquier general, le viniera en antojo encabezar revuelta.

Los indefinidos vivían de la merma más paga, con que de tarde en tarde, los atendía el fisco, y sobre todo, vivían de petardo; ninguno se avenía a trabajar en oficio o en labores campestres. Yo no rebajo mis galones, decía, con énfasis, cualquier teniente zaragatillo; para él más honra cabía en vivir del peliche o en mendigar una peseta, que en comer el pan humedecido por el sudor del trabajo honrado.

El capitán Ramírez era de ese número de holgazanes y sinvergüenzas; casado con una virtuosa y sufrida muchacha, habitaba el matrimonio un miserable cuartucho, en el callejoncito de Los Diablos Azules, situado en la calle ancha de Malambo. A las ocho de la mañana salía el marido a la rebusca y regresaba a las nueve o diez de la noche, con una y, en ocasiones felices, con dos pesetas, fruto de sablazos a prójimos compasivos.

Aun cuando no eran frecuentes los días nefastos, cuando a las diez de la noche, venía Ramírez al domicilio sin un centavo, le decía tranquilamente a su mujer: Paciencia, hijita, que Dios consiente, pero no para siempre, y ya mejorarán las cosas cuando gobiernen los míos; acuéstate y por toda cena, cenaremos un polvito... y un vaso de agua fresca.

En una fría noche de invierno, la pobre joven, hambrienta y tiritando, se sentó sobre un taburete junto al brasero, alimentando el fuego con virutas recogidas en la puerta de un vecino carpintero; llegó el capitán, revelando en lo carilargo, que traía el bolsillo limpio y que, por consiguiente, esa noche iba a ser de ayuno para el estómago.

— ¿Qué haces ahí, Mariquita, tan pegada al brasero? -preguntó, con acento cariñoso, el marido.

— Ya lo ves, hijo -contestó en el mismo tono la mujercita;- estoy calentándote la cena.

(Palma, 1973, pp. 30 – 31).

Conclusiones

1. Las *Tradiciones en salsa verde* fueron escritas para circular entre los amigos más cercanos y no para su publicación abierta.
2. Los libertadores en las *Tradiciones en salsa verde* están representados por Simón Bolívar, Antonio José de Sucre y Jacinto Lara, cada quien con sus respectivas ocurrencias o dichos anecdóticos o satíricos.
3. Sugerimos que los 24 textos que conforman las *Tradiciones en salsa verde* sean reubicadas cronológicamente de acuerdo a la época a la que se le refiere cada tradición para completar las *Tradiciones peruanas* de Don Ricardo Palma.

Referencias bibliográficas

Casusol, P. (2022). Tradiciones en Salsa Verde. *Hildebrandt en sus Trece*, año 13 N° 596, viernes 22 de julio.

Kapsoli, W. (2021). Historia Sonriente del Bicentenario de la Independencia Nacional. Tradición, Segunda época, (21).

Núñez, E. (1974). Bolívar, Ayacucho y los Tradicionistas Peruanos. Recopilación, selección y prólogo Estuardo Nuñez. Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Palma, R. (1973) *Tradiciones en salsa verde*. Lima: Ediciones de la Biblioteca Universitaria.

Recibido el 25 de septiembre de 2022

Acceptado el 30 de octubre de 2022

